

Luego que el Alcaide hubo dejado una suficiente guarnicion para impedir todo alboroto ulterior, tomó el camino de Sierra Bermeja, último i único asilo de los moros, porque los pueblos pequeños en los que soplabá todavia el fuego de la sedición eran demasiado insignificantes para llamar su atención. Los cristianos sin embargo continuaban su marcha ácia el horroroso sitio por el que el alma del noble Aguilar parecia ir errante esperando su desagravio, i en el que se conservaba con bastantes fuerzas el terrible Feri, el mas valiente de los moros.



CAPITULO IX.

Grandes preparativos para recibir en Granada á los vencedores de Mohabed. Presentacion de Monteblanco i de Teodora á la Reina en presencia de toda la corte. De promete Isabel que será juzgado el perpetrador de tanto crimen, el corruptor de su hija. Entrada del altivo Gomez Arias en la sala de la Asamblea: lejos de ser recibido con el aplauso debido á un conquistador, le intima la Reina que responda á la acusacion presentada contra él. Se celebra su boda con Teodora. Se le intima que responda á los cargos de traicion contra el Estado. El renegado lo confunde. La Reina resuelve que se le juzgue i que se le castigue con arreglo á las leyes del Reino.

Granada, que habia sido por algun tiempo el sitio del luto i de la tristeza, se entregó

en pocos momentos á una inmoderada alegría. La reciente victoria conseguida por Gomez Arias, i la derrota de Cañeri que habia ocurrido casi al mismo tiempo escitaron las mas placenteras sensaciones en los ánimos de sus habitantes. Consideraban éstos ya como concluida la rebelion, i esperaban con impaciencia la entrada triunfal de las tropas que se iban aproximando rápidamente á la ciudad. La corte estaba reunida, i la heroica Isabel rodeada por los principales personajes de España, aguardaba con toda la pompa de la soberanía la llegada del vencedor, ansiosa por presentarle sus congratulaciones, i por dispensarle señales inequívocas de su Real aprecio.

El gran salon de la Alhambra, en donde los soberanos moros dictaban leyes antiguamente, ofrecia á esta sazón un aspecto muy diverso, aunque no menos magnífico.

El brillo deslumbrador de las armaduras, i la suntuosidad de los trages juntamente con los ricos atavios de las señoras de la corte for-

mában un cuadro el mas hermoso i animado. En medio de aquel despliegue de pompa i magnificencia, i cuando menos se esperaba que la alegría de tan ilustre comitiva pudiese ser interrumpida, se oyó un confuso ruido en la estremidad de la sala. Procedia éste de las guardias que estaban empeñadas en negar la entrada á cierta persona, que con voz débil pero penetrante esclamaba sin cesar: ¡justicia! he de hablar á la Reina, ¡justicia! su Alteza no puede negar esta gracia á un noble desdichado. Se conmovió la Reina al oír que se invocaba su real nombre, i mandó que el suplicante fuera admitido sin dilacion. Apenas se habia dado egecucion á sus órdenes, quando un venerable anciano, vestido de negro, i llevando en su semblante profundas marcas del dolor, se adelantó lenta i decorosamente ácia el trono. Lleyaba del brazo, ó mas bien era conducido por una jóven, vestida tambien de luto, i cubierta con un velo que llegaba hasta el suelo, ocultando de este modo

á la curiosidad de los espectadores su belleza i sus pesares. Detras de estos iban otras dos personas, una de las cuales era un hombre membrudo, i bien fornido, con traje morisco, i la otra un individuo de aspecto mezquino con todas las señales de pertenecer á la clase inferior.

Prevalció un solemne silencio, i todos parecian ansiosos por saber la causa de esta extraordinaria apelacion; mas cuando el extranjero llegó á las gradas del trono fué reconocido al momento por la Reina i por varios de sus cortesanos, quienes no pudieron disimular su admiracion de verle en aquel lugar i con tan misteriosos preámbulos. ;Monteblanco! pronunciaron muchos de ellos á la vez involuntariamente.

Si, replicó éste, arrojándose con su hija á los pies de Isabel; el infeliz Monteblanco viene humildemente á pedir justicia á su Soberana. Antes que su cabello blanco baje al sepulcro con desdoro, reúne sus débiles fuerzas para pedir justicia contra un hombre

de gran poder, i para interesar en su favor á todo caballero sensible i generoso. Perdonadme, escelsa Reina, perdonadme si vengo en un dia de gloria i de júbilo á turbar con la relacion de un calamitoso suceso la alegria que reina por todas partes; pero mirad el retrato de un padre agoviado con la edad, herido é insultado en la parte mas sensible de su afecto, una noble familia deshonorada, el único bástago de esta familia reducido al último estado de deshonor i vergüenza. Tal pintura bien puede fijar la atencion de los que se precian de justos, distrayéndola por un momento de objetos de un interés deslumbrador. Merezco disculpa si me he entrometido á referir mis desgracias á mi Reina, á mi generosa Soberana, que es la única de quien esperó el competente desagravio.

No lo implorarás en vano, contestó la Reina; todos los tiempos son sagrados para la solemne invocacion de la justicia, i en la corte de Isabel todo debe ser pospuesto á tan poderosa consideracion. Monteblanco, habla

con confianza, espícame todas tus penas, i
 ten por cierto que nada en este mundo hará
 que la Reina se desvie un solo paso de la sa-
 grada senda de la lei.

;Invicta Soberana, exclamó Monteblanco, esa
 esperanza ha sido el único estímulo que me
 ha hecho prolongar mi miserable existencia.
 He sido injuriado atrozmente, injuriado en
 lo mas sensible como noble i como español.
 Los títbres de mi familia, ganados por una
 larga série de ilustres ascendientes, han sido
 manchados villanamente por uno que se llama
 noble i español; pero que es indigno de
 uno i otro título. Para interesar á vuestra Al-
 teza á favor de mi ultrajada casa, no me pa-
 rece que sea necesario enumerar los servicios
 prestados por los Monteblanco; sin embargo,
 como está para extinguirse el lustre de su nom-
 bre, podrá ser permitida al último i vacilan-
 te ramo de ese noble árbol hablar todavía por
 la última vez de los que por desgracia ya no
 existen; Oh Isabel! tuve cinco hijos, dignos
 todos ellos del nombre que llevaban: pelex-

toti bizarramente contra los moros, i perecieron gloriosamente sobre las murallas de esta ciudad defendiendo la sagrada causa de su religion i de sus Soberanos; quedé en la mayor desolacion con este único, débil, pero amado apoyo de mi declinante edad.

Dirijiendo entonces una mirada lastimosa á Teodora continuó: «la muerte de mis hijos arrancó lágrimas de mis ojos; pero á lo menos estas lágrimas no estaban mezcladas con la amargura del deshonor. Recordaba yo con altivez que dichos mis hijos habian muerto por su patria; pero ¡Oh cielos! ¿podia recelar que mi primera gloria, por la que he andado siempre tan solícito, habia de menoscabarse en la persona de mi desdichada hija? ¿podia esperar que llegase un dia en que fuera para mí un objeto de dolor la noble suerte que cupo á aquellos? Estoy pues reducido á envidiar á mi patria esas vidas que podrian ahora servir para vengar el honor de mi familia. Mi hija, que debió á la naturaleza inocencia, belleza, suavidad i ternura,

era el único consuelo de mis avanzados años; pues de éste mi único bien he sido privado con perfidia i crueldad.

Un mal caballero, honrado infinitamente mas de lo que merece, i engreido con su poder é influencia codició á esta mi desgraciada hija, la que fué seducida i arrebatada de su casa paterna. ¡ Oh cielos! que Monteblanco se vea reducido á confesar publicamente su vergüenza! Si, fué arrancada seductoramente de los cariñosos brazos de su padre bajo las mas sagradas promesas; i violando luego su comprometido honor la desechó el malvado condenándola á la infamia. Era preciso que el ejemplo mas atroz de barbarie sellase la vileza de su conducta: la desvalida víctima fué abandonada durante el sueño en el recinto mas áspero de las Alpujaras; cayó en poder de los moros de los que experimentó todo el martirio que podia esperarse en su miserable situacion. La casualidad la puso de nuevo en contacto con su corruptor; quien con las promesas mas insidiosas de fal-

so arrepentimiento, la sacó de la casa de su protector para que sus ambiciosos planes no pudieran recibir el menor tropiezo: volvió á entregarla á los moros rebeldes que se hallaban proscritos, i con los que este hombre criminal no tuvo reparo de entrar en comunicacion, infringiendo abiertamente el decreto de vuestra Alteza, solemnemente promulgado por dos veces.

Aqui se paró Monteblanco, i se oyó por toda la asamblea un murmullo de indignacion. Tal ejemplo de depravacion, continuó el anciano os pasma; pues vuestra admiracion va á aumentarse cuando sepais que el hombre que tan inicuaamente añadió la traicion á sus delitos, pertenece al rango mas elevado, tiene gran reputacion militar, i es honrado con el favor de su soberana.

Estas circunstancias, interpuso la Reina, hacen su conducta doblemente criminal. Monteblanco, tú quedarás desagraviado; que se pruebe bien el delito, i entonces, aunque el reo fuera el primer hombre del reino i el

sosten de mi trono, añadió levantándose en-
furecida, aunque fuera de mi misma sangre,
nadie habrá que pueda libertarle del rigor de
las leyes. Al pronunciar estas palabras se es-
parció por su frente una nube de indignación,
i sus ojos manifestaron el fuego de la insulta-
da magestad en el acto de dirigirlos con al-
tívez á los nobles i guerreros que la rodeaban.

Se siguió un rato de silencio, i los esplén-
didos caballeros que se habian reunido para
celebrar una victoria, se miraron unos á otros
con terror i desconfianza, esperando que al-
guno de sus amigos ó parientes fuera el reo
delatado por Monteblanco.

Pronuncia el nombre del traidor, dijo en
voz alta la Reina; i si no estuviese aqui, se
le hará venir al momento para que responda
á estos cargos.

Su nombre es poderoso, replicó Monte-
blanco.

No lo será tanto como mi voluntad, con-
testó noblemente Isabel.

A esta misma sazon los estrepitosos aplau-

sos del pueblo anunciaron la entrada triunfal del victorioso español, i el nombre de Gomez Arias era repetido por miles de voces en la entusiástica efusion de la agradecida muchedumbre.

¿Cual es su nombre? preguntó impacientemente la Reina.

¡Viva! ¡viva Gomez Arias! resonó grave vez en los oídos de la corte, i Monteblanco exclamó con amargo énfasis, oid, oid su nombre, honrado con los encomios del triunfo; oid el nombre del que ha sido la causa de mi desgracia i deshonor, i que está ahora recibiendo la gloriosa recompensa de sus heroicas proezas; ¡que lástima que mi brazo esté vacilante! ¿dónde está la fuerza de mi juventud? ¿i dónde están mis hijos para vengar tanto ultraje?

¡Gomez Arias! exclamaron la Reina i los cortesanos con un grito simultáneo de admiración; ¡Gomez Arias!

¡El es! contestó Monteblanco con firmeza é indignación.

Un profundo silencio fué el primer efecto que produjo el descubrimiento de aquel misterioso suceso, i se notó en el aspecto de la Reina la mas viva i penosa emocion: conocia que en la persona de un triunfante conquistador iba á recibir á un criminal, i que la recompensa debida á sus servicios no podia libertarle del castigo en que habia incurrido por su delito. Los cortesanos que rodeaban á la Reina se quedaron mirándola con el mayor pasmo i estupor: conocian bien la rígida imparcialidad que habia distinguido su reinado, i que la mediacion de las personas mas influyentes no podria detener el curso de la justicia.

Gómez Arias entraba á este tiempo en el salon con todo el engreimiento de la victoria, acompañado por sus principales oficiales, i precedido por Mohabed i demas caudillos cautivos. Se adelantaba ácia el trono con las mas halagüeñas esperanzas, cuando se paró de repente quedando atónito al divisar el grupo que se hallaba al lado de la Reina; una

palidez mortal ocupó sucesivamente el lugar que iban dejando en su semblante las mas animadas tintas del regocijo. No pudo disimular su confusion, con lo que se aumentaron las sospechas de los circunstantes. Levantó sin embargo sus ojos ácia su Soberana; mas nada favorable pudo presagiar de su torvo ceño.

El convencimiento de su culpa acobardó completamente su ánimo, sin que de nada pudiera servirle en esta ocasion todo su artificio i disimulo: su alegre comitiva se sorprendió de ver tan repentina é inesperada consternacion, i cesaron en el acto los acantos del placer i del triunfo. Todos, pues, quedaron sumidos en el mas fiero pásmo i en la mas inquieta suspension: procuró finalmente Gomez Arias ocultar su agitacion, i revistiéndose de atrevida serenidad i franqueza, que se avenia mui mal con el verdadero estado de su corazon, dijo: «Escelsa Isabel, aqui teneis á vuestros Reales pies al rebelde Mchabed; aceptad las bumildes congratulaciones i la mas perfecta adhesion de vuestro fiel vasallo».

Don Lope Gomez Arias, contestó la Reina con dignidad i firmeza: «antes que yo pueda recibir tus congratulaciones, i recompensar tus servicios; antes que pueda considerarte con la distincion debida al glorioso carácter de un soldado victorioso, debes justificarte de ciertas acusaciones que ha presentado hoi contra tí el noble i respetable individuo que se halla delante del trono. Contesta á esos sérios cargos antes de reclamar título alguno á mi gratitud i aprecio, porque todo el esplendor de la victoria no podrá servir de velo para encubrir al verdadero delincuente. Acércate i contempla á esas personas, á quienes has ultrajado; considera el estado á que has reducido á una noble familia, i espon lo que te se ocurra en tu justificacion.»

Don Lope dirigió una mirada ácia aquel grupo; pero cuando divisó á su escudero Roque, cuya presencia le privaba del único medio que se le ofrecia para una nueva prevaricacion, le abandonó la esperanza, i no

supo ya sacar ningún partido de su presencia de ánimo que le había libertado tantas veces de los mayores apuros. Conoció que iba á ser tan inútil como peligrosa toda tentativa de disculpa; continuó por lo tanto en mudo silencio como un reo convicto. Poco á poco, sin embargo, se fue animando su semblante como si le hubiera inspirado de repente algun rayo vivificador. Conociendo la necesidad imperiosa de tomar alguna resolución, fue adquiriendo serenidad i compostura; pero en medio de estos esfuerzos salió de su pecho un profundo suspiro, que era el último testimonio del sentimiento que anunciaba el malogro de sus ambiciosos planes. Ya no vió alternativa alguna; debía abandonar toda idea sobre Leonor, é ir preparando su ánimo para recibir sumisamente las órdenes que eran de esperar de parte de la Reina justiciera,

Gomez Arias, dijo Isabel pasado algun tiempo; ese silencio demuestra evidentemente la convicción de tu culpa; ha sido man-

cillado el honor de una noble familia ; resta pues , que lo repares por todos los medios que esten en tu poder , i esto debe ser en el acto ; ni dejaré yo este sitio , ni tu saldrás de mi presencia hasta que vuelvas el honor , i felicidad que has quitado á esa víctima de tu fiera i crueldad.

Oyó Gomez Arias estas palabras con aparente respeto i humildad : malogradas completamente sus primeras esperanzas deseaba todavia conservar el favor de la Reina , lo que no podia efectuarse sino conjuraba la tempestad que su conducta habia suscitado. Asumió, por lo tanto, todas las apariencias del arrepentimiento sin ningun resabio de temor ó de envilecimiento , i arrojándose á los pies del trono , dijo , »no sería digno de Gomez Arias oponerse en ningun caso á la voluntad de su Soberana , mucho menos en una ocasion en que su honor le induce á seguir sus dictados.»

Lástima es , contestó Isabel irónicamente , que esta consideracion no te haya he-

cho adoptar antes tan justo partido, pues que se habrían ahorrado infinitos males; mas ya éstos están hechos, i deben por lo tanto remediarse instantáneamente. En este mismo momento vas á dar tu mano i fe á Teodora de Monteblanco; no dudo que conocerás la justicia de tal providencia; i quiero por lo tanto que se celebre en mi presencia esta ceremonia.

Fue llamado al momento uno de los capellanes de la Reina, i la desgraciada Teodora quedó hecha esposa de Gomez Arias delante de la corte reunida, que con sus miradas hacía ver la admiracion que le causaba tan extraordinario suceso. Teodora trémula i sostenida por su padre se adelantó á los pies del trono. Don Lope se acercó á ella, no con síntomas de desafecto sino con aparente ternura i cariño, cuya sinceridad, sin embargo, era mui dudosa; ni podia de modo alguno inspirar confianza una conversion efectuada con tanta rapidez. La misma Teodora, por obcecada que estuviese en su pasion, no po-

dia recibir con tranquilidad los especiosos obsequios de su esposo; pero la idea de restituir la paz del ánimo á su padre, i el honor á sí misma, se hizo superior á toda otra consideracion. Entre las lágrimas que humedecian sus ojos, i entre los rasgos del dolor que estaban retratados en su aspecto se descubrian todavia algunas señales de contento, del mismo modo que se divisan los risueños rayos del sol por entre las densas nubes.

Recibió, pues, la mano de Gomez Arias, con una sensacion mezclada de placer i de temor: este último se aumentó con la frialdad de su tacto que le comunicó un inesplicable estremecimiento.

Luego que hubo concluido aquella ceremonia se levantó la Reina, i con un aire firme é imponente que llenó de terror á los circunstantes, dijo, «don Lope, ya has reparado en cuanto ha sido posible la afrenta hecha á la hija de Monteblanco; ahora debes responder á tu Reina por la traicion contra el Estado»

Quedó aterrado Gomez Arias, no tanto por el remordimiento de su culpa como por el modo severo con que se le hacia tan inesperado cargo. Sin embargo, luego que volvió de su sorpresa exclamó con altanera indignacion. «¿Cómo! Gomez Arias acusado de traicion cuando viene á ofrecer las pruebas mas irrefragables de su adhesion i fidelidad? ¿donde, donde está el maldado que se atreve á arrojar tan asquerosa mancha sobre el nombre de Gomez Arias? ¿donde está? que se presente para que pueda yo confundirle i castigar su insolencia; mirando luego al rededor de sí con arrogancia, añadió, ¿quién se atreve á acusarme de traicion?

Yo, prorrumpió cierta voz; i al momento el renegado, que habia permanecido hasta entonces oculto, se hizo adelante con osadía, fijando fieramente sus ojos en Gomez Arias, cuyo, le repitió, os acuso de traicion á la faz de España, i lo probaré. Gomez Arias se desconcertó á su vista; su repentina é inesperada aparicion le tras-

tornó de tal modo, que no pudo contenerse, i exclamó con voz vacilante i confusa, « cómo? el moro aquí! »

¡El moro! repitió la Reina; luego conoces al moro.

He visto antes á ese miserable, contestó Gomez Arias: ¿pero cómo se atreve á acriminarme tan atrozmente? Dirigió entonces una mirada de diabólica furia contra el renegado, i éste le correspondió con una amarga sonrisa.

Hombre altivo, exclamó, vuestra rabia no me asusta; la humildad os estaria mejor que la arrogancia; no sois hombre para intimidarme, i os va á ser bien difícil contradecir la veracidad de mi aserto. Reina de España, gritó entonces en un tono de fria intrepidez, i vosotros, nobles de Granada, ved en mí uno de los rebeldes que han depuesto las armas i aceptado la amnistía. Un vivo deseo de quitar la máscara á ese hombre sobervio me ha hecho abandonar mis compañeros, i presentarme dentro de las mu-

rallas de esta ciudad cristiana. Pronto se descubrirán las causas que me impelen á obrar contra don Lope; pero establezcase primeramente su culpa; su convencimiento i castigo deben seguir necesariamente, si es verdad que la corte de Isabel puede gloriarse de aquella imparcial justicia que tiene tan acreditada por todo el mundo.

Fueron pronunciadas estas palabras con tal firmeza i desembarazo, que los amigos de Gomez Arias empezaron á mirarle con lástima i terror: éste sin embargo dirigió al rededor de sí una mirada de despecho, i perseveró en un profundo silencio sin hacer el menor esfuerzo para contradecir á su acusador: «¿Qué respondes á ese cargo?» preguntó la Reina estrañando su silencio.

«¿Qué respondo!» replicó don Lope con extrema indignación, «nada. Gomez Arias no se dignará responder á las acusaciones de un vil rebelde, ni ofrecerá á su Reina; ni á sus compañeros de armas la satisfaccion de ver él

bien acreditado carácter de un noble cristiano puesto en competencia con los infames.

Aunque la Reina se ofendió por la arrogancia é insolencia que encerraban estas palabras, reprimió sin embargo su orgullo. No don Lope le dijo: tu Reina es agradecida; mas ejerce en ella mayor imperio la justicia. Te se acusa de traicion; pero la sola deposicion de ese moro no será suficiente para condenar á uno de los primeros caballeros de España. Antes que se pronuncie la sentencia se han de presentar pruebas evidentes é irrefragables del crimen que se alega.

Pruebas! exclamó el renegado con una risa sardónica; es muy justo i razonable, ¿quién sería el loco presumido que se atreviese á acusar á Gomez Arias sin pruebas? En primer lugar la Reina no pondrá en duda la fuerza de ésta, i sacando una sortija de su dedo i acercándose al trono, añadió: y vuestra Alteza no puede haber olvidado esta prenda de su soberana consideracion ácia Gomez

Arias, aunque parece que ese caballero se ha olvidado enteramente del don cuando zahiere vuestra gratitud.

Un gozo ominoso animó el aspecto del renegado al pronunciar estas palabras que hacían traslucir la satisfacción de su triunfo infernal.

La Reina se estremeció involuntariamente al recibir la sortija, mientras que Gomez Arias permanecía en una muda suspensión, i que una palidez mortal ahuyentaba el fuego de su cólera.

Moro, ¿cómo ha llegado á tus manos esta sortija? preguntó la Reina.

Fue una recompensa por los servicios que presté á don Lope Gomez Arias. Cuando este esforzado caballero quiso desembarazarse de esa señorita, fui yo el agente de tamaña transacion, i le proporcioné asimismo una entrevista con Cañerí.

¿Cañerí! se oyeron varias voces llenas de consternacion.

Cañerí, sí, Cañerí, contestó el renegado

sin inmutarse, ¿Podia el noble Gomez Arias entrar en relaciones con los rebeldes á menos que no fuera con alguno de sus gefes? Yo fui quien hizo la presentacion de ambos, i por tan importante servicio no debia esperar menos que una sortija de gran valor por sí misma, mas apreciable todavía por haber pertenecido á un personaje tan ilustre, é infinitamente mas preciosa porque puedo ahora devolverla, á su augusto dueño.

La estudiada jronía de esta arenga fue interrumpida al momento por la Reina, diciendo con visibles rasgos de cólera i enfado, «calla, tú has venido aqui á sostener una acusacion, i no á abusar de nuestra paciencia con tales reparos.

Volviéndose en seguida á Gomez Arias, continuó con un tono de severidad i compasion, «don Lope, ¿diste esta sortija al moro?

La di, respondió Gomez Arias tristemente, pero con fiereza.

Un juramento, añadió el renegado, debe ser cosa mui sagrada entre los cristianos. Que

se tome, pues, uno á ese hombre señalando á Roque, quien hacia los posibles esfuerzos por escabullirse al ver el sério giro que tomaba el negocio, i asimismo porque le repugnaba acriminar á su antiguo amo, por el cual conservaba todavia el mayor respeto.

Que se asegure ese hombre, continuó Bermudo, i se verán justificadas mis declaraciones.

Silencio, exclamó de nuevo la Reina sintiendo interiormente la evidencia que iba resultando contra don Lope. Silencio, moro; no necesitamos de tus instrucciones.

Una mezcla de compasion i estupor prevaleció en toda la asamblea. Los principales personajes de la corte se habian reunido para felicitar al vencedor, i tenian que considerarle en su vez como un malvado que habia ultrajado las leyes con el designio de llevar á cabo un detestable crimen. Parecía á algunos imposible un lance tan extraordinario i contradictorio; pero de todo son capaces las pa-

siones cuando no se las sabe contener á tiempo su curso.

La infeliz Teodora se hallaba en un estado que daba compasion. Se veia precisada á presenciar la acusacion de su esposo, á quien ella misma habia reducido á aquel estremado apuro; pero se aumentó doblemente su dolor cuando vió levantarse á la Reina i decir con tono grave i magestuoso á toda su corte, «cristianós, siento amargamente este melancólico suceso que ha emponzoñado el placer del triunfo que nos proponiamos celebrar en este dia: Gobernador de Granada, añadió volviéndose al conde de Tendilla, á tí confio la persona de don Lope Gomez Arias acusado de traicion al Estado. Que esté bien asegurado; pero que se le trate con respeto, i tú don Lope, preparate á sufrir un juicio que ha de decidir de tu vida.

¡Que ha de decidir de su vida! exclamó Teodora con horror fijando su vista en la Reina en acto suplicatorio.

Gomez Arias oyó la decisión de su Soberana con mas indignacion que temor, i arrebatado de su ponzoñosa cólera dijo volviéndose á sus secuaces: «amigos míos, sed celosos en defender á vuestra pátria, pues ya veis la recompensa i el aliento que os espera en un dia de triunfo.»

Don Lope, replicó la Reina con calor, no atribuyás á tu pátria lo que ha sido efecto de tus incorregibles pasiones é imprudencia, ni llesves tu insolencia hasta el extremo de imaginar ó insinuar que pueda yo jugar bárbaramente con la vida del mas miserable de mis vasallos, mucho menos con gentes de tu clase. Serás juzgado por los grandes, quienes no perdonarán medio alguno para favorecerte, i el decreto de la justicia no será pronunciado hasta que pueda fundarse sobre la irresistible evidencia.

Hizo entonces una señal á la asamblea para que se disolviese, i todos se retiraron sumidos en el mas profundo dolor. Reinaba un mortal silencio al salir de esta reunion, i

en vez de los alborozados ecos del aplauso popular que se habia oido antes; se percibia un sordo murmullo de admiracion i terror.

Como se temia que los amigos de Gomez Arias pudieran intentar alguna violencia, se tomaron las debidas precauciones para que la pública tranquilidad no pudiera alterarse. Mohabed i los demas prisioneros fueron confinados en calabozos, i Monteblanco i su desgraciada hija permanecieron en palacio por invitacion de la Reina hasta que se hubiera decidido la suerte de Gomez Arias.



i, acionon sta ob rita la oleria latorq m

CAPITULO X.

Gomez Arias condenado á muerte. Malogro de toda tentativa para obtener su perdon. Desolacion de Teodora , llevada á su colmo cuando vió que la Reina firmaba la sentencia fatal. Serenidad del reo cuando esta le fue notificada. Se rehusa á ver á Teodora; no asi al escudero Roque á quien hace espléndidos regalos.

Llegó el dia fatal de verse la causa , se oyeron los testigos , quedaron plenamente sustanciados los hechos , Gomez Arias resultó convicto de traicion , i condenado á perder la cabeza en un patíbulo. Esta sentencia llenó de horror á los habitantes de Granada. El hombre , que pocos dias antes habia sido el objeto de la general admiracion ; el que volvia vic-

torioso, conducido por las alas de la fortuna, i elevado al último pináculo de la gloria, quedaba ahora despojado de toda su dignidad i esplendor, i condenado á sufrir el martirio de una muerte ignominiosa. Aquel, que por tanto tiempo habia escitado los celos de los grandes, era ahora el objeto de la compasion general.

Aunque Teodora se habia amaestrado en la escuela de la afliccion, i se hallaba perfectamente familiarizada con los quebrantos, sin embargo, cuando supo el resultado de la causa, no conoció límites su dolor. Se consideraba como la primária, aunque inocente causa de la prematura muerte de su marido; olvidó entonces la ingratitud, la crueldad, i la pérfida conducta que habia observado con ella; su viva imaginacion, escitada por la gravedad del peligro, no vió ya mas que sus brillantes cualidades i su desastrado fin; así es que le amó con mayor entusiasmo cuando le vió en la orilla de su destruccion. No habia llegado á perder todavia la esperanza de salvarle, aun-

que la aciaga voz del dolor que resonaba por todas partes fuera bastante para desvanecer su encantadora ilusion. La sentencia habia sido pronunciada, i solo la Reina podia mitigar su rigor haciendo uso de sus Reales prerrogativas.

A esta única áncora se agarró Teodora con ciega confianza. Isabel era humana, i era muger; es verdad que habia adquirido una gran celebridad por su rígida é inexorable justicia; pero ¿podia enviar al patíbulo á un jóven i bizarro caballero, á quien debia una brillante victoria, sin infringir los sagrados principios de aquella misma justicia? Era muger, i aunque heroína i de elevados pensamientos, se debia presumir que la naturaleza hubiese plantado en su pecho los atributos propios de su sexo. La compasion, la humanidad, la generosidad deberian sofocar la terrible voz del deber, i ella no podria rechazar de su trono á tan nobles é influyentes empeños. Fiaba asi mismo una parte de su triunfo á sus mismas lágrimas, con las que

esperaba ablandar el corazón de la Reina; é impedir que llegase su rigor hasta el extremo de dejar viuda con una palabra á la que con otra habia dado el título de esposa. Tenia tambien confianza en las enérgicas representaciones i súplicas de muchos de sus amigos que pertenecian á las primeras familias del reino, las que debia presumirse que no fueran desatendidas en consideracion á los importantes servicios que acababan de prestar al Estado.

Estas halagüeñas ideas calmaron en algun modo las aprensiones de Teodora, i la indujeron á creer que la seria posible salvar la vida de su marido. ; Infeliz muger! mui pronto vió la falacia de sus cálculos. Se habian hecho ya las mas vigorosas reclamaciones á favor de Gomez-Arias; los primeros personajes de Granada se habian interesado fuertemente en su favor; pero todo fue en vano, ni la Reina podia ser tildada de ingratitud i dureza, cuando ofrecia poderosas razones para hacer ver á los suplicantes la imposibilidad de com-

placerlos á menos de dar á sus vasallos un ejemplo de censurable parcialidad. Todavía no hacia ocho dias que habian sido ahorcados seis hombres en la plaza de Vivarrambla por la misma causa por la que habia sido condenado don Lope. Con estos melancólicos antecedentes empezaron á decaer aun los mas confiados, i ya la muerte de Gomez Arias fué considerada como una inevitable calamidad.

Oyó Teodora la opinion general con el mas horrible dolor; en vano se echó á los piés de la Reina é imploró su Real clemencia con toda la animada elocuencia del dolor. Isabel la recibió con ternura, pero no la dió la menor esperanza; el ánimo de Teodora se hallaba en el último acceso de la angustia i de la desesperacion; se tiró violentamente por el suelo, i con todos los estrémós de la afliccion pidió ardientemente la vida de su marido; la vida tan solo; aunque fuera luego enviado á un destierro perpetuo para no volverle á ver mas; caian profusamente sus lágrimas; estendia juntas sus manos con el mayor frenesí;

temblaba i daba todas las señales de la desesperacion, presentando en su figura un retrato vivo de la mas fiera desgracia. La Reina la miró con compasion, i quedó pasmada de ver aquel esceso de afliccion en una muger tan ultrajada como Teodora; pero no podia aliviar sus penas sin incurrir en una parcialidad que habia procurado evitar siempre cuidadosamente, i que habia formado el timbre mas orgulloso de su reinado.

Afectada, sin embargo, con tan interesante escena, dijo cariñosamente á Teodora que se levantase, i pronunció con noble dignidad estas memorables palabras: « como muger, perdonaria una traicion contra el amor; como Reina, no puedo disimular las que se cometen contra mi corona. » Se dió entonces órden á Teodora de que se retirase, mas no pudo esta infeliz obedecer aquel mandato: se asió fuertementé á los pies del trono figurándose que mientras estuviese á la vista de Isabel, no debia perder las esperanzas. Se la intimó por segunda vez que se retirase, pues

que la Reina deseaba por compasion ácia ella que cesara la terrible lucha en que estaba sumida su sensibilidad; pero Teodora no penetraba el cariñoso objeto de esta disposicion. Entrando en este momento un ayudante del gobernador, puso un legajo de papeles en las manos de la reina. Pareció que Isabel se habia agitado en el acto de recibir aquellos despachos, i partiendo al mismo tiempo un rayo de tan aciaga luz al ánimo de la hija de Monteblanco, exclamó en su furioso arrebató:

¡Oh por caridad! no firmeis. En nombre del cielo no firmeis todavía; pero era ya demasiado tarde: habia ya sido puesta la rúbrica Real en la sentencia que condenaba á Gomez Arias; i su infeliz esposa cayó al suelo sin sentido.

En tan lamentable estado fue llevada á su padre; quien no pudo ofrecerla el menor consuelo, porque estaba devorado asi mismo por el mas amargo dolor.

Se iba pasando el dia lugubrementé, i los habitantes de Granada veian con horror el

alto patíbulo que se iba disponiendo en la plaza de Vivarrambla. Todo era luto en aquella ciudad; todos se interesaban, i todos sentían la próxima ejecución, aunque nadie se atreviese á impugnar lo justo de la sentencia en virtud de la cual iba á morir aquel noble reo.

Por particular encargo de la Reina, había sido tratado Gomez Arias con la mayor deferencia i respeto durante su confinacion en casa del conde de Tendilla; i hasta que fue firmada la sentencia de muerte, estuvo en comunicacion con sus amigos i parientes, de modo que su prision parecia mas bien la corte de un personage influyente, que la mansion de un desgraciado reo á quien sus amigos afligidos fueran á visitar para exhortarle á sufrir la muerte con resignacion. Todos sus compañeros de armas habian estado muy finos i expresivos, i el testimonio de su adhesion le llenaba de la mas orgullosa complacencia. Como era la soberbia la que habia conducido á Gomez Arias á este horroroso paso, recibia

aquella nuevo pábulo con el interés general que se manifestaba á su favor.

No había perdido don Lope todas sus esperanzas, pues le parecia imposible que la Reina se determinase á sancionar la sentencia. Recordaba con complacencia el elevado aprecio en que habia sido tenido hasta entonces por Isabel, las diferentes muestras de consideracion que habia recibido de su Real mano, las muchas entrevistas i conversaciones familiares con las que habia sido honrado. A estos halagüenos recuerdos se debia añadir la intercesion de tantos i tan poderosos patrocinadores, solícitos todos por interesar la Real clemencia.

Asi, pues, todo conspiraba á esplayar el ánimo del prisionero, i á prolongar una ilusion que iba á disiparse mui pronto, i con demasiada violencia. Estaba conversando sosegadamente con dos ó tres amigos, cuando entró el conde de Tendilla acompañado por los oficiales de justicia, i le dijo con tono melancólico. «Don Lope, siento sobre manera

verme precisado á ser el mensajero de funestas noticias; pero la parte de dolor que experimento en tan desagradable deber, se mitiga cuando considero que las comunico á Gomez Arias que abunda en fortaleza i valor para sobrellevar la desgracia.

Proseguid, conde, contestó don Lope con una amarga sonrisa, decidme lo peor, pues me atrevo á asegurar que tendré esa fortaleza que quereis suponerme.

Don Lope, añadió gravemente el conde; vuestra sentencia ha sido confirmada, i debéis prepararos para sufrir la muerte.

¡La muerte! exclamó Gomez Arias sobresaltado; ¡la muerte! pero serenándose de repente, continuó con un tono de indignacion: «conde, debo confesaros que me ha conmovido vuestra intimacion; yo no estaba por cierto preparado para tanto; esperaba á lo mas el destierro i la confiscacion; mas veo que he calculado erróneamente sobre el favor de nuestra Soberana; su generosidad sobrepuja mis mas ardientes esperanzas.

Sin hacer caso el conde de Tendilla de esta irónica invectiva, continuó: «en consideración á vuestros servicios, la Reina quiere concederos cualquiera gracia que le pidais, i os promete cumplirla religiosamente.

Estoi mui agradecido á la Reina, contestó Gomez Arias con amargura; pero á fé mia que debo ya bastante á su Alteza, i no quiero abusar de su indulgencia.

Don Lope; replicó Tendilla con calor, injurias á la Reina: en este mismo momento, está ella sintiendo mas que nadie el haberse visto en la dura precision de firmar vuestra sentencia de muerte. Si hubiese habido algun medio honroso de salvaros, no dudeis que lo hubiera aprovechado; me consta que perderia con gusto el mayor tesoro de su reino por libertaros del suplicio; sí, todo lo sacrificaría por vuestra existencia, todo, menos el deber.

¿I cuando debe llevarse á efecto esta sentencia? pregunto Gomez Arias.

Mañana, contestó el gobernador; mas si

quereis valeros de su favor, se os concederán dos dias mas de tiempo.

No, replicó altivamente Gomez Arias, sentiria mucho dar ese chasco al público; el cual no dudo está al presente mirando ansiosamente los preparativos del próximo espectáculo: no; que se despache mañana esta ceremonia; yo estoi pronto. Volviéndose entonces al jóven Garcilaso que le habia acompañado en la expedicion contra Mohabed: mi buen amigo; tu eres un bizarro soldado que prometes ser hombre insigne; pero ten mucho cuidado en el modo de usar de los favores de las damas; porque cuantos servicios prestes á una Reina no compensarán la menor desatencion que hagas á una muger; i sobre todo sé mui cauto en el manejo de sortijas.

El conde de Tendilla no juzgó oportuno manifestar su resentimiento por estas observaciones, por que la aflictiva situacion de Gomez Arias podia dar un motivo de disculpa

á la imprudente efusion de su cólera. Don Lope, le dijo, debeis perdonarme la desagradable precision en que me constituye mi responsabilidad de poner una guardia dentro de vuestro aposento.

La presencia de los soldados, señor conde, respondió Gomez Arias, nunca me fue desagradable; tendré por el contrario la mayor satisfaccion en ello. Estos contribuirán á dissipar el velo que encubre mi alma trayendo á la memoria mi primera gloria; i adquiriran así mismo nuevo estímulo para servir á su Reina presenciando la animadora recompensa que su Alteza reserva para los que la sirven bien.

Cruzó entonces sus brazos, i empezó á pasearse por el cuarto con afectada indiferencia; pero la pena que sufría interiormente, era superior á las facultades de su elevado espíritu. Nadie puede estar sosegado é indiferente en tales momentos. Seria contrariar la naturaleza; la altivez i el temor de dar pruebas de debilidad, pueden hacer que se tome una

aparente calma de dignidad; la fiereza ó la insensibilidad; pueden adoptar una insolente conducta ó una lúgubre tranquilidad; pero la verdadera i filosófica igualdad de ánimo existe mas en la teórica, que en la práctica. Gomez Arias sin embargo, no manifestó síntoma alguno de flaqueza; i sus esclamaciones denotaban mas bien su irritacion contra la Reina, que el temor de perder la vida en medio de su brillante carrera. Parecia estar absorto en sus ideas; i el gobernador se preparaba ya á despedirse de él cuando rompió el silencio diciendo: «deteneos; he pensado que seria mas respetuoso aceptar la cariñosa oferta de mi Soberana; haré por lo tanto una súplica. Decid cuál, i os será concedida. Que para salir al patíbulo se me permita ir á caballo á la cabeza de mis valientes soldados, i adornado con todos los honores militares.

El conde de Tendilla dió un involuntario estremecimiento con tan estraña demanda,

i miró fijamente á Gomez Arias, en aire de manifestar su recelo, de que esta condescendencia pudiera tener algun resultado peligroso. La petición podia encerrar el secreto de algun acto desesperado, ó tal vez el proyecto de dar el último desahogo á su noble soberbia; el gobernador, sin embargo, se creyó obligado á conceder esta gracia.

Vuestros deseos serán satisfechos, cualesquiera que sean las ideas que os animan, don Lope, para hacer esta súplica; yo i mi guardia os acompañaremos igualmente. Pronunció estas palabras de un modo tan significativo, que Gomez Arias debió convencerse de que el gobernador estaba preparado para precaver todo lance que pudiera turbar la tranquilidad pública.

Ahora pues, añadió Tendilla, debo traeros una visita, don Lope, una persona que desea vivamente despedirse por la última vez.

¿I quién es ese sér caritativo? porque sino me engaño, todos mis amigos i parientes han cumplido ya con este deber.

Es vuestra esposa, la amable é infeliz Teodora.

Gomez Arias hizo una señal de impaciente desagrado, i añadió luego con frialdad i desasosiego, restimo mucho su ternura i afecto; pero no puedo consentir en verla; i lo que pido en su vez, i deseo vivamente, es que renuncie á una entrevista; á la que ya he dado mi absoluta negativa.

Era cierto que Gomez Arias se habia rehusado tenazmente á ver á su antes idolatrada Teodora, sin que las súplicas i lamentos de esta infeliz muger, fortalecidas por los buenos oficios de sus amigos, hubieran podido conmoverle.

Esta cruel resolución podia proceder del horror que habia de inspirarle la que era causa de su muerte, ó mas bien de un sentimiento de compasion por los tormentos que suponía estaba sufriendo, i que deberian llegar á su colmo con su presencia: de todos modos deseaba evitar una escena que no po-

dia producirle sino terribles i melancólicos recuerdos.

No manifestó igual desagrado en ver á su escudero Roque: este pobre mozo solicitaba ansiosamente la entrada; porque si bien eran débiles los títulos de gratitud que su amo podia pretender de él, sin embargo, penetrado de aficcion i horror, por haber sido, aunque inocentemente, uno de los instrumentos que habian preparado aquella catástrofe, tenia el mas vivo empeño de arrojarse á los pies de Gomez Arias.

Entró temblando el pobre criado, i al ver con la mayor serenidad en medio del aposento la noble figura de don Lope, no pudo contener sus lágrimas, i exclamó lleno de desconsuelo: »Oh don Lope! ¡mi querido ¡venerado amo! ¡que hayan llegado las cosas á este extremo! ¡que viva yo para ver sufrir tan severa sentencia al caballero mas esforzado de Granada! i abrazando las rodillas de Gomez Arias, continuó en tono del mas fiero pesar, ¡pobre amo mio! no me levantaré del

suelo hasta que no me concedais un amplio perdón por la parte que haya podido tener en vuestra muerte. Sabe el cielo con qué repugnancia he obrado, ¡y cuán amargamente me arrepiento de las aciagas circunstancias que me redujeron á tan crítica alternativa.

Levántate, mi buen Roque, dijo Gomez Arias, te perdono, no solo el melancólico apuro á que te has visto reducido, sino tambien todas las demas trasgresiones de que te has hecho culpable en mi servicio, que no son pocas: no obstante, como debo emprender mañana un viaje tan largo, al que supongo no tienes inclinacion de acompañarme.

¡Virgen de las angustias! le interrumpió Roque, ¿cómo podeis hablar con esa frescura de cosas tan horrorosas?

Ahora pues, Roque, prosiguió don Lope, debes oirme con atencion, es ya tiempo de que liquidemos nuestras cuentas. Ya sabes que soi tu deudor.

¡Valgame Dios! exclamó el criado, señor don Lope ¿para qué pensar ahora en eso?

Esta es la mejor ocasion, porque de otro modo corres mucho riesgo de no ser pagado nunca.

Ni tampoco quiero yo que se me pague, dijo Roque sollozando; pensariais muy bajamente de mí si supusiérais que hubiera venido á veros con tal intencion.

No, Roque, conozco demasiado tu fidelidad, i no trato de ofenderte; pero no debes rehusar el último legado de tu amo: toma esto, le dijo entregándole un gran bolsillo, que el escudero no pudo menos de aceptar; sacándose una sortija del dedo, recibe, añadió, esta memoria; i como Roque no se atreviese á tomarla, le dijo sonriéndose: tómalas, porque ya puedo dar ahora sortijas sin ningun peligro.

Gracias, mi buen amo; pero no teneis alguna prenda que demuestre vuestro afecto i que sirva de último recuerdo para aquella persona?

Como! contestó Gomez Arias con indiferencia; Teodora no me olvidará nunca, ade-

mas de eso yo no tengo nada que sea digno de ella; dala mis buenos deseos, i pídelas que me perdone con la misma franqueza que yo la perdono.

Al decir esto quiso retirarse; pero Roque se interpuso de nuevo, i con tono lamentable exclamó, «¡ah don Lope! acordaos de lo que os dije en Guadix; no me han engañado mis vaticinios, pues los veo por desgracia bien cumplidos.

Poco á poco, mi buen Roque, le interrumpió Gomez Arias, poco apoco; tú has venido aqui como un humilde pecador á pedir que te perdonase, i ya vuelves á tus antiguos sermones; deja ese cuidado á las personas que lo ejercen por obligacion, éa pues vete, por que ya me siento mui pesado i no me vendrá mal una hora de sueño.

Al decir esto se despidió tiernamente de su criado, i se retiró á su gabinete, seguido por dos centinelas.

Roque quedó fuera de si, porque si bien habia tenido varias ocasiones para formar un

justo aprecio del caracter i temple de Gomez Arias, no podia sin embargo comprender como un hombre podia en la víspera de su muerte entregarse al sueño con la calma i serenidad que manifestaba su amo.

! Virgen Santa! ¿cuando hombre alguno pensó dormir en tales momentos? Dios le ayude, i le de lo que mas le convenga. Al decir esto se retiró el pobre Roque lleno de admiracion, derramando lágrimas, é implorando el patrocinio de todos los santos para su desgraciado amo.



UNTA DE ANDALUCIA

CONSEJERIA DE CULTURA

CAPITULO XI.

Horrorosa angustia de Teodora. Su padre la obliga á ir á visitar á don Antonio de Leiva de quien recibe una prenda, á cuya presentacion la Reina no podia negar cualesquiera gracia que se le pidiese. Vuela Teodora con este precioso hallazgo á los pies de Isabel. Salida de Gomez Arias para el patíbulo. Estupor general. Teodora llega con el perdon á tiempo de salvar la vida de su marido. Presentacion de ambos á la Reina. Asesinato de Gomez Arias en el momento de besar los Reales pies. Feroicidad de Bermudo el renegado. Resignacion de Gomez Arias á su fatal destino. Desesperacion de Teodora.

Ya se habia perdido toda esperanza; llegó la terrible mañana. Teodora, la infeliz Teodora,

contra la que parece que el hado habia agotado toda su ponzoña, despues de una noche la mas inquieta i dolorida, habia dejado su cama i estaba sentada detras de la celosia con sus manos juntas en ademan suplicatorio, i fijando su vista vagamente en los grupos que empezaban á formarse por las calles. Se abrió la puerta, i entró su padre llevando retratada en su semblante toda la fiera del pesar. Hija mia, la dijo tiernamente, mi querida hija, debes salir de este sitio. Nunca, contestó la meláncolica Teodora, á menos que no sea para ir al sepulcro. ¡Oh padre mio! pronto habreis de cumplir este triste deber con vuestra hija desvalida.

No hables asi, Teodora; tus palabras son tantos puñales que atraviesan mi corazon; debemos someternos á la voluntad de la providencia, levanta tus llorosos ojos al cielo, i alégrate con la halagüena esperanza de que esta vida miserable nos puede servir de mérito para grangearnos la eternidad de la verdadera dicha. Echate en los brazos de la re-

ligion, i tus males te se harán mas llevaderos.

Si, padre mio, ahora mi único amigo, contestó Teodora en el esceso de su angustia & consideraré mis desgracias como una justa espiacion de mis ofensas al cielo, i de la ingratitud de que he sido culpable ácia el mejor de los padres.

Dios te bendiga, Teodora, replicó el afectuoso Monteblanco, i te restituya la paz i la tranquilidad; pero ahora debes complacerme, debes venir conmigo.

¿A dónde? ¿yo no puedo, ni quiero salir de Granada hasta que lo vea en el sepulcro; ya soi su muger, i debo cumplir religiosamente con las obligaciones que me incumben como tal; por cruel que haya sido, añadió desconsoladamente, en negarme el permiso de verle vivo, no podrá impedir que le manifieste mi pasion despues de muerto.

Teodora, dijo Monteblanco; no es mi intencion sacarte de Granada; tan solo deseo que me acompañes á ver á nuestro pariente

don Antonio de Leiva, quien varias veces ha solicitado verte, i tú siempre te has opuesto á ello ; le aborreces acaso?

— ¡ Padre ! ; padre ! dijo Teodora con aire de reconvencion i tristeza ; ¿ á qué fin ese empeño por renovar relaciones con un hombre á quien he injuriado ? ¿ i creéis que Teodora pueda sobrellevar sus quejas ?

No , hija mia , tales ideas son ajenas de don Antonio i de tu padre ; el valiente jóven está postrado en la cama ; las heridas que recibió en la desastrosa accion de Sierra Bermeja lo han reducido al ultimo grado de debilidad. En este momento ha enviado á decir que tenia necesidad de verte para anunciarte alguna cosa que puede interesar á todos.

No contestó Teodora ; pero levantándose en el acto manifestó su aquiescencia , i apoyada por su padre se dirigió á casa de don Antonio. Era general el desaliento i la confusion de toda la ciudad ; á cada paso hallaba Teodora algun objeto que la recordaba con mayor viveza la dura calamidad que se iba

preparando. Las gentes que corrían en todas direcciones no hablaban más que de este melancólico suceso. Vió las tropas formadas que iban marchando á ocupar los puntos más interesantes á fin de asegurar la pública tranquilidad, y al figurarse el terrible conflicto en que debía hallarse su marido se le despedazaba el corazón. Con que desconsuelo resonaron en sus oídos las trompas y clarines! De allí á poco la pesada campana de la catedral hizo sentir sus arrañados ecos, y resonó en el alma de Teodora como si la indicara su último fatal destino. Dieron las ocho, y se acordó que dentro de dos horas desaría de existir Gomez Arias. Un frío temblor se apoderó de esta infeliz muger, así como si su terror no hubiese sido suficientemente escitado, otras cien campanas con sus lamentables voces le repetían el funesto y triste suceso. Vió en seguida á los ministros de la religión, que armados de caridad cristiana ofrecían sus oraciones por el alma del paciente, y

presentaban el próximo suplicio como un doloroso escarmiento para los jóvenes inespertos. Teodora se estremecía con cuántos objetos veía, i con cada sonido que llegaba á sus oídos, i en tal estado llegó á la habitación de don Antonio de Leiva, que estaba situada felizmente á poca distancia. Se puso á temblar como la hoja del árbol apenas se vió en presencia del joven Leiva, quien tampoco dejó de dar pruebas de su turbacion. Ambos se hallaban sumamente desmejorados: aquella por sus inmensos padecimientos morales, i éste por los físicos. Aunque don Antonio estaba muy débil, trató sin embargo de levantarse del sofá sobre el que estaba reclinado, cuando vió entrar á Monteblanco; mas éste se lo impidió.

El semblante del joven guandero tomó de repente un brillo inesperado, i dirigiéndose á Teodora, la dijo cariñosamente: «no tembleis, Teodora, pues que estais en la presencia de un amigo, de un verdadero ami-

go, de uno que se lamenta amargamente de haber sido instrumento, aunque inocente de vuestras desgracias. ¡ Ahí de mí! amada señorita; si os hubiera merecido mayor confianza, tal vez no habriais estado envuelta en tantos trabajos; mas no son estos momentos para reconvenciones; el tiempo vuela i no podemos desaprovecharle. Sino hubierais llegado tan pronto, débil i herido como me hallo, estaba para ser conducido á vuestra casa, aunque este esceso hubiera podido costarme caro.

Teodora, miradme como á un amigo, como á un sincero i apreciable amigo, i recibid la mayor prueba que pueda dar un hombre de puro i desinteresado afecto. Aquí teneis, añadió presentándole una cajita; aquí teneis esta preciosa prenda: miradla, es el retrato de nuestra Reina, que recibí de sus reales manos, cuando la fortuna favoreció mis esfuerzos en el último torneo. El portador de esta alhaja tiene derecho de pedir cualquiera gracia sin distincion; daos prisa, presentad á

Isabel esta hermosa cópia de sí misma; reclamad la promesa, i pedid la vida de Gomez Arias, que os será concedida.

¡Dios misericordioso! exclamó llena de confusion: ¿será posible? cayendo entonces á los pies del jóven Leiva, añadió: «generoso don Antonio, ¿es este el modo que teneis de pagar una injuria?»

Podia, replicó don Antonio noblemente, satisfacer los estímulos de una ignoble venganza dejando á mi rival perecer ignominiosamente, cuando está en mi mano salvarle; pero no, mi corazon se estremece con la sola idea de tales represalias, i no halla placer sino en contribuir á la felicidad de Teodora.

Atónita esta desgraciada por tan sublime i heróica conducta, cogió la mano del caballero don Antonio, i habria impreso en ella miles de besos de gratitud sino lo hubiera impedido la modestia i la necesidad de salir á salvar á su marido.

Mi querida Teodora, idos pronto, no se debe perder tiempo; pensad que la menor,

dilación, pudiera ser sumamente fatal.

Estas palabras tuvieron un mágico influjo en el ánimo de Teodora; la idea del peligro de su esposo absorbió toda otra consideración; se dirigió impetuosamente al palacio apretando con firmeza convulsiva la rica prenda sobre la que estribaban todas sus esperanzas. Al llegar á la entrada se conmovieron los guardias de ver el frenesí de la pobre Teodora; i compadeciéndose de sus desgracias la abrieron paso inmediatamente que dijo, aunque atolondrada i fuera de sí, la necesidad que tenia de ver á la Reina.

La plaza de Vivarrambla estaba en el entretanto ostruida por inmenso gentío; la novedad i lo egemplar del castigo habia puesto al pueblo en la mayor fermentación. Hacía mucho tiempo que no se veía tal espectáculo de parte de un noble, i no se recordaba caso alguno de que un conquistador hubiera sido conducido del carro de la victoria al tablado del patíbulo.

Todos lamentaban la suerte de Gomez

Arias, aunque algunos de las clases ínfimas, en medio de los sentimientos de compasion, experimentaban una cierta complacencia al ver que un personaje tan elevado iba á sufrir la misma suerte que el mas miserable de ellos. En el centro de la plaza se habia construido un alto patíbulo cubierto con rico terciopelo negro, y muchas de las casas inmediatas estaban asimismo colgadas con símbolos de luto que espresaban la afliccion de sus dueños. Un fuerte cuerpo de veteranos estaba formado sobre la plaza, y varias partidas destacadas de caballería recorrían las avenidas principales para impedir todo alboroto de parte de la muchedumbre.

La bulla y la agitacion del pueblo era estrema; pero cuando finalmente la tremenda campana de la catedral dió la lúgubre señal para que Gomez Arias saliera de la cárcel á terminar su mortal carrera, se levantó de todas partes un simultáneo murmullo de horror. Los tristes toques de las campanillas interrumpidas de tiempo en tiempo por los lamentables

i huecos sonidos de las trompetas anunciaron que la procesion estaba ya para emprender su marcha.

Gomez Arias habia bajado de su habitacion con la mayor serenidad; ni se descubria en sus facciones otro sentimiento sino el de una fiera soberbia i rencor. Se dirigió con firme paso ácia el melancólico cuadro que le esperaba; i como al montar á caballo divisase á la condesa de Tendilla, que anegada en lágrimas se dirigia á despedirse de él, le expresó su gratitud por todas la atenciones que le habia usado durante el tiempo que habia permanecido en su casa, i dándole el último á Dios saltó sobre su favorito alazan. El fogoso animal empezó á dar corbetas como si sintiese una verdadera altivez en llevar tan ilustre carga.

Poco á poco, Babiaca, le dijo su amo acariciándole, no tengas tanta priesa, porque esta es la última vez que vas á llevarme sobre tus lomos.

Miró entonces al rededor, i cuando vió

que una parte de sus tropas victoriosas habia sido escogida para su escolta, en conformidad con sus deseos, trató de disipar la afliccion de que todos estaban penetrados, dirigiéndoles las mas cordiales i animosas expresiones.

Empeñado don Lope en desterrar de su semblante toda apariencia de tristeza habia tomado forzosamente un aire de dignidad, i todo el porte marcial: su hermosa figura jamas se presentó tan brillante como en este momento desastroso. Estaba vestido con el traje mas suntuoso, al paso que iban de riguroso luto todos los amigos i parientes que le acompañaban. La procesion se movió lentamente en medio del confuso murmullo del pueblo, lamentándose amargamente de la suerte de Gomez Arias, i admirando su firmeza: era éste auxiliado por un gran número de sacerdotes; pero dos religiosos de la orden de san Francisco eran los que le asistian mas de cerca i que parecian mas interesados en su persona.

El conjunto de aquel cuadro contrastado era lo mas vistoso i edificante ; los trofeos de la guerra iban mezclados con solemnes emblemas de la religion ; aquellos elevaban el alma á proezas militares, i éstos la escitaban á abandonar la pompa del mundo i á fijar la imaginacion en la eternidad. Guerreros i eclesiásticos, banderas i cruces se desplegaban promiscuamente, mientras que el lastimoso eco de los clarines aumentaba las tristes sensaciones, producidas por los lúgubres cánticos de la religion.

Asi llegó la procesion á la plaza de Varrambla. Al divisar el patíbulo se estremeció Gomez Arias, sin que le fuera posible disimular la impresion que le hizo el aparato de aquel horroroso sitio. Mui pronto sin embargo recobró su acostumbrada serenidad, i dirigió una mirada de curiosidad i de orgullo á la reunida muchedumbre. Prevalencia por todas partes el dolor i la consternacion; pero no se observaba el menor alboroto. Ya en este momento desapareció del corazon de Go-

Gomez Arias hasta la mas remota esperanza, i pareció perfectamente resignado con la suerte que le habia sido decretada. El murmullo de la gente se convirtió en mortal silencio; se apeó don Lope, subió al patíbulo, i volviéndose á sus soldados dijo: á Dios mis valientes compañeros; esta es la última expedición en que nos hallamos juntos; pero tanto en ella como en las anteriores podreis decir que Gomez Arias ha desplegado la serenidad i el valor que conviene á un soldado. Entonces con igual resolucion iba á ofrecer su cuello para recibir el golpe fatal cuando se oyó un grito penetrante, aunque lejano, entre aquel inmenso gentío, i se vió correr una muger ácia el patíbulo.

Perdon, perdon, repitieron varias voces; i la gente abrió paso gozosamente á la azorada Teodora, que caminaba con una frenética precipitacion hasta que llegó ya sin fuerzas al pie del tablado, espresando en el desorden de su persona i en la fiera espresion de su semblante los vivos efectos del terror, de la

ansiedad i de la alegría. Todos enmudecieron i la apasionada Teodora subió sin detenerse la escalera del tablado llevando un papel en su trémula mano: arrojándose entonces á los brazos de su marido, gritó con entusiasmo, gracias á Dios que no es tarde; os traigo vuestro perdon; aqui está, vedlo, estais salvo, este es el sello de la Reina.

El conde de Tendilla tomó el papel de su mano, i leyó en voz alta i satisfactoria el perdon de Gomez Arias. Teodora miró furiosamente al rededor de sí, sus ojos se llenaron de terror al observar aquel triste cuadro, como si temiese todavia que no habia de suspenderse la ejecucion.

¡Leed, leed! repitió vehementemente, dirijiéndose al conde de Tendilla: esta es la orden de la Reina; luego vendrá un ayudante de la plaza á comunicárosla; pero yo me he anticipado á él con la idea de llegar á tiempo de salvar á mi marido.

Estas pocas pero eléctricas palabras fueron contestadas con un torrente de tumultuosos

aplausos del pueblo. Llegó por fin el ayudante. Teodora dió un agudo chillido de alegría, i no pudiendo ya sostener los esfuerzos que habia hecho, cayó desmayada en los brazos de su esposo.

El mismo Gomez Arias, ese hombre tan encallecido é insensible á las tiernas pasiones, se rindió por fin. Al contemplar á la infeliz Teodora que habia correspondido á su frialdad con el mas puro afecto, i á su crueldad con la mas viva ternura; al considerar exánime en sus brazos á aquel milagro de amor i bondad, se asomó una trémula lágrima á sus ojos, una sola lágrima; mas aquel testimonio de sensibilidad de parte de Gomez Arias, valia mas que un año de lamentos en otros hombres. Apretó tiernamente á su pecho á aquella angélica muger, que fue vuelta á la vida con el ardor de tan cariñoso abrazo; i al abrir sus lánguidos ojos, se tuvo por la mas feliz de las criaturas, por que vió el vivo interés que tomaba por su vida el objeto de todo su cuidado i predileccion.

— ¡Oh Teodora! exclamó don Lope con una voz que su misma turbación no le dejaba articular; soy indigno de tí! ¿Cómo podré espiar tantas injurias? ¿Qué noble venganza la que has tomado!

Habia mandado la Reina que Gomez Arias fuera conducido al momento á su presencia; i en su conformidad se encaminó á la residencia Real, acompañado por la ya feliz Teodora, i seguido por la inmensa muchedumbre que rasgaba el aire con alborozadas aclamaciones. Cuando llegaron á palacio, hallaron á la escelsa Isabel sentada en el gran salon público, i preparada para recibirlos. Su semblante brillaba con el placer de haber podido salvar á don Lope de su prematura muerte.

Gomez Arias, le dijo, vuestra vida se ha salvado por el mas feliz é inesperado incidente. Nobles de Granada, añadió volviéndose á su corte, no podreis acusar á vuestra Reina de parcialidad en la distribución de la justicia: en el momento en que don Lope

se iba acercando al fin de su carrera mortal, se me trajo una prenda, i se me reclamó el galardón prometido: yo la había dado á don Antonio de Leiva en premio de su bizarra conducta en el último torneo, con la sagrada palabra de que seria conferida al portador de ella cualquiera gracia que solicitase. Me la presentó Teodora, i no me ha sido posible faltar á mi Real empeño. Gomez Arias, debeis vuestra vida al guerrero don Antonio de Leiva, i á vuestra muger. Que vuestra futura conducta acredite que no sois insensible á la grandeza del servicio. Nada debeis á la Reina, porque sin esta feliz circunstancia ya estaríais ahora en el número de los muertos. Id á regocijaros con vuestros amigos sobre este afortunado suceso, i luego os recibiré como corresponde á un vencedor.

Resonaron por todas partes los gritos de la más sincera aprobacion: Teodora estaba embriagada con su dicha; miraba á Gomez Arias, i en aquellas facciones que tan fuertemente habian sabido aprisionar su alma, des-

cubria todavía rasgos de ternura que la prometían recompensar su pasión. Olvidaba ya todos sus trabajos, se había vaciado la copa de la desgracia, i ya no se pensaba mas que en disfrutar de una ilimitada i no interrumpida felicidad. Movido Gomez Arias por ternas i generosas sensaciones, á las que se había resistido su pecho hasta entonces, no había podido desahogar todavía el peso de su gratitud.

Se desasíó entonces de las manos de Teodora, i se arrojó á los pies de la Reina. La vista de todos estaba placentemente vuelta ácia don Lope, cuando uno de los religiosos que le habían acompañado al patíbulo trepó de repente por el medio del círculo haciendo brillar un puñal en la mano, i antes que nadie pudiese detener el golpe, sumergió el fatal acero en el pecho de Gomez Arias quien vaciló por un momento, i cayó en seguida al pie del trono. Todo se convirtió en horrible confusion. Dando Teodora un agudo chillido, se arrojó sobre su asesinado ma-

rido, en tanto que varios cirujanos volaban en su socorro.

Solo la Reina conservó su presencia de ánimo en medio de aquel alboroto. Prended al asesino, exclamó, i los guardias al instante se apoderaron de su persona: era éste uno de los franciscanos que habian acompañado á Gomez Arias al suplicio; tenia todavía en su mano infernal el ensangrentado puñal, i con la bárbara sonrisa del mas encarnizado enemigo, se estaba gozando en su atentado.

¡Gracias á Dios! exclamó el cirujano que habia examinado la herida de Gomez Arias; sino me engaña mi práctica en la facultad, este caballero podrá vivir todavía.

¡No, nunca! gritó el fingido religioso con una voz que heló las esperanzas que todos empezaban á concebir: ¡nunca! vuestra habilidad de nada puede servir; el puñal estaba envenenado. Toda la corte se estremeció. Hombre diabólico, exclamó el conde de Tendilla, espíritu infernal encubierto bajo el sagrado hábito de la religion; ¿qué cosa

pudo inducirte á cometer tal crimen? ¿No te he visto poco ha que ibas administrando á la víctima los consuelos espirituales?

— Sí, replicó el asesino fieramente, sí, le acompañé al lugar de su desesperacion i de mi gloria: sí; estaba yo detrás de la víctima como el buitre que acecha el momento de despedazar el corazón.

No fui á infundirle esperanza ó á exhortarle á que confiase en la misericordia divina, le hablé en su vez palabras de horror i de despecho, i le mostraba el camino del infierno al que no tardaré yo mucho en seguirle. Mi alma estaba embriagada de alegría, mi corazón rebosaba de placer; con gusto habria comprado con toda la existencia de mi desgracia i del crimen aquellos pocos i encantadores momentos en los que observaba los furiosos tormentos que sufría mi enemigo cuando resonaban en sus oídos los últimosacentos de mi ominosa voz, que debían preceder á su muerte.

— ¡Calla, malvado! exclamó la Reina, no

blasfemes; tiembla por tales profanaciones, i tiembla por el castigo que te espera.

Yo no tiemblo de modo alguno, contestó el reo con firmeza; yo no soi religioso, sino un hombre ultrajado hasta el extremo, pero vengado ya ámpliamente. Miradme, prosiguió con un tono feroz arrojando á un lado su disfraz, yo soi Bermudo el renegado.

Todos se estremecieron al oír aquel nombre tan conocido; pero creció su admiracion quando en la persona del apóstata fue reconocido el moro que habia tenido una parte tan activa en la condena de Gomez Arias.

Mírame, continuó el renegado; mírame, Gomez Arias; vé al hombre que has condenado á una eterna miseria i deshonor; yo soi Bermudo el proscrito, el furioso amante de la desgraciada Anselma. Detén por un momento tu último aliento para que puedas fijar tu imaginacion en tus propios delitos i en mis desgracias; acuérdate de Anselma, acuérdate de su horrorosa suerte; de las ofensas que me has hecho, i de la desesperacion á que

me has conducido. Por causa tuya, hombre altivo, he dejado de ser un héroe, i he sido en su vez un traidor i un renegado; pero ¡ah! ya te veo espirante, sin que la fortuna ni el favor Real te hayan podido salvar de las manos de un hombre desesperado. Muere, pues, muere con todos los horrores del despecho; el golpe ha sido dado en el momento de tu mas deliciosa satisfaccion; muere de rabia al saber que ha sido Bermudo tu asesino. ¡Anselma; ya estás vengada!

Una feroz sonrisa puso fin á este apóstrofe, i se quedó el renegado contemplando á su victima con la espresion de la mas bárbara alegría; sus negras facciones brillaban con el placer de su infernal venganza, i toda su máquina parecia embelesada con el sacrificio que acababa de consumir.

Gomez Arias se iba acercando á su fin; ya la sangre corria densa i coagulada por sus venas, i el velo de la muerte le iba cerrando la vista; pero sus nobles facciones sin embargo no dieron la menor señal de turbacion

ó debilidad, i tan solo dijo fijando su vista en el renegado. « Bermudo, tu diabólico deseo no se ha cumplido sino en parte; no me ro desesperado; la desesperacion es el atributo de los cobardes, i no de Gomez Arias; siento que tu veneno me quema las venas, i con todo mi alma vá á separarse del cuerpo con calma i tranquilidad. ¡ Miserable! que el cielo te perdone como yo te perdono: i tú, amado i último objeto de mi cariño, dijo dirigiéndose ya desfallecido á la desconsolada Teodora que estaba arrodillada detrás de él con todo el esceso del dolor; Teodora, joven injuriada é infeliz, conozco tarde lo que vales, i tarde me lamento de mi culpa. ¡ Ahí de mí! si siento perder la vida es porque no puedo darte pruebas de mi amor i gratitud. Perdóname, Teodora, perdona al arrepentido Gomez Arias. Se fijaron sus ojos tiernamente sobre el desesperado semblante de su esposa, i apretando sus ardientes manos exhaló el postrer aliento. Los penetrantes gritos i quejidos de Teodora afectaron horriblemente á

los espectadores de aquella trágica escena: se mesó el cabello aquella desgraciada muger, hizo todas las demostraciones del mas fiero dolor; i cayendo sobre el yerto cadáver parecia que en el acceso de su frenesí buscaba la muerte con ansiedad.

El mismo renegado se mostró conmovido; pero ya habia sido consumado el horrible delito; su enemigo habia muerto, i ya poco le importaba la vida.

Iban los soldados á sacar de aquel lugar al reo, cuando un ministro de la religion se dirigió á él exclamando: «pecador, contempla tu aleve crimen, i arrepíentete; arrepíentete antes que sea tarde; tu carrera mortal va á ser mui corta, empléala en calmar la ira del cielo.

Fraile, le dijo fieramente el renegado, mi conciencia está encallecida; mi alma no se mueve ya por los sentimientos humanos; no puedo, ni quiero arrepentirme de un atentado que ha sido el único objeto de mi existencia. Llevadme al tormento, i cuando despedaceis

esta carne, i cuando la doliente naturaleza no pueda sufrir ya el horroroso martirio, entonces mis ojos, fieles intérpretes de mi alma, os dirán: «no me horrorizo de mi suerte; el puñal que clavé en el pecho de mi enemigo podia tambien haberle empapado en mi sangre; pero tuve por debilidad evadirme del castigo. Conducidme á la muerte, i no me importuneis con palabras de penitencia.

¡Oh horror! Eres hombre, i hablas de este modo? añadió el sacerdote.

Fui hombre; pero no sé lo que ahora soi; haced que vuelva al polvo de donde salí, i ocultad de la faz de la tierra al mónstruo que os estremece.

Calló, i su semblante quedó sumergido en una horrible tranquilidad; dirigió ferozmente su última mirada ácia el postrado enemigo, i con firme paso se adelantó á recibir el castigo debido á sus crímenes.

La infeliz Teodora no pudo ser arrancada de los sangrientos restos mortales de su adorado Gomez Arias hasta que el exceso de su

dolor la hizo caer en la insensibilidad ; de este modo la sacaron de aquel sitio funesto, quedando penetrados de la mas negra tristeza. i viva compasion todos los que habian presenciado tan desastroso suceso





CAPITULO ·XII.

CONCLUSION.

Consolidacion de los triunfos de las armas cristianas. Traslacion de Monteblanco i Teodora á Guadix. Estado infeliz de esta malograda jóven. Su muerte causada por la fuerza de su pasion.

Habian ya trascurrido tres meses desde la muerte de Gomez Arias , i el pueblo de Granada se habia entregado á toda clase de regocijos , por las victorias de las armas cristianas: La insurreccion de los moros se habia apagado completamente; la sábia i prudente conducta de la Reina habia salvado el pais de los horrores , consiguientes á una guerra fanáti-

ca. Las personas admitidas en el supremo consejo de Isabel, eran por lo general hombres de entendimiento ilustrado, i de filantrópico carácter; i aunque algunos, arrebatados por su celo i por la intolerancia religiosa se oponian á las medidas suaves, sus objeciones, sin embargo, no fueron atendidas, i se adoptó la clemencia por sistema. Se dió un ámplio perdon á los rebeldes; con promesa de que disfrutarian de los mismos privilegios que los españoles, i que no se les haria violencia alguna para abrazar la religion cristiana; se concedieron al mismo tiempo pasaportes á todos los que prefiriesen trasladarse á Africa, sin que recibiesen la menor molestia en sus personas ni en sus propiedades.

Estas juiciosas providencias surtieron el deseado efecto. Los moros aceptaron con gusto las ofertas de la Reina, i la mayor parte vino al momento á deponer sus armas á los pies del Alcaide de los Donceles i de otros gefes que les estaban haciendo la guerra. Sin embargo, algunos de los mas distinguidos

que no quisieron someterse al dominio de los cristianos se retiraron á Africa, i entre ellos debemos contar al magnánimo el Feri de Benastepar; porque como no se supiese que hubiera muerto, se dió por supuesto, que habia salido de España.

Asi, pues, se restableció la paz, i la ciudad de Granada, volvió á ser el centro de la alegría i de la felicidad, á lo que contribuyó no poco el enlace de Leonor de Aguilar, con el esforzado don Antonio de Leiva, que se verificó asi que hubo pasado el tiempo destinado para reverenciar la memoria del noble don Alonso.

Ya á este tiempo se hallaban en Guadix don Manuel de Monteblanco i su desgraciada hija. Luego que los mortales restos de Gomez Arias habian sido sepultados, logró don Manuel que Teodora abandonase aquella ciudad que no podia presentarle mas que espantosos recuerdos: Teodora condescendió sumisamente con los deseos de su tierno padre; pero la pena que devoraba lentamente su corazon no